

W. W. Jacobs

La Casa de Peaje



W. W. Jacobs
La Casa de Peaje



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA CASA DE PEAJE

W. W. JACOBS

PUBLICADO: 1909
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
EDICIÓN: 1902
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

LA CASA DE PEAJE

W. W. JACOBS

—Es todo una tontería —dijo Jack Barnes—. Por supuesto que la gente ha muerto en la casa; la gente muere en todas las casas. En cuanto a los ruidos, el viento en la chimenea y las ratas en el entramado son muy convincentes para un hombre nervioso. Dame otra taza de té, Meagle.

—Lester y White van primero —dijo Meagle, que presidía la mesa de té en la posada de las Tres Plumas—. Ya has tomado dos.

Lester y White terminaron sus tazas con una lentitud irritante, haciendo pausas entre sorbos para oler el aroma y descubrir el sexo y las fechas de llegada de los "extraños" que flotaban en cierto número en la bebida. El señor Meagle les sirvió hasta el borde y luego, volviéndose hacia el sombríamente expectante señor Barnes, le pidió con cortesía que llamara para pedir agua caliente.

—Intentaremos mantener tus nervios en su actual condición saludable —comentó—. Por mi parte, tengo una especie de creencia a medias en lo sobrenatural.

—Toda la gente sensata la tiene —dijo Lester—. Una tía mía vio un fantasma una vez.

White asintió.

—Yo tenía un tío que vio uno —dijo.

—Siempre es alguien más quien los ve —dijo Barnes.

—Bueno, ahí está la casa —dijo Meagle—, una casa grande a un alquiler ridículamente bajo, y nadie la quiere. Ha cobrado el precio de al menos una vida de cada familia que ha vivido allí, por breve que haya sido el tiempo, y desde que ha estado vacía, cuidador tras cuidador ha muerto allí. El último cuidador murió hace quince años.

—Exactamente —dijo Barnes—. Tiempo suficiente para que se acumulen leyendas.

—Te apuesto un soberano a que no pasarías la noche allí solo, con todo tu hablar —dijo White de repente.

—Y yo —dijo Lester.

—No —dijo Barnes lentamente—. No creo en fantasmas ni en nada sobrenatural en absoluto; aun así, admito que no me gustaría pasar una noche allí solo.

—¿Pero por qué no? —inquirió White.

—Viento en la chimenea —dijo Meagle, con una sonrisa.

—Ratas en el entramado —añadió Lester.

—Como quieran —dijo Barnes, sonrojándose.

—¿Supongamos que vamos todos? —dijo Meagle—. Salir después de la cena y llegar allí sobre las once. Hemos estado caminando durante diez días ahora sin una aventura, excepto el descubrimiento de Barnes de que el agua de la zanja huele más tiempo. Será una novedad, en cualquier caso, y si rompemos el hechizo sobreviviendo todos, el agradecido propietario debería ser generoso.

—Veamos primero qué dice el dueño de la posada —dijo Lester—. No tiene gracia pasar una noche en una casa ordinaria vacía. Asegurémonos de que esté encantada.

Llamó al camarero y, pidiendo la presencia del dueño de la posada, le apeló en nombre de nuestra común humanidad a no

dejarlos perder una noche vigilando en una casa en la que los espectros y duendes no tenían parte. La respuesta fue más que reconfortante, y el dueño de la posada, después de describir con considerable arte la apariencia exacta de una cabeza que había sido vista asomándose de una ventana a la luz de la luna, concluyó con una solicitud educada pero urgente de que saldrán su cuenta antes de ir.

—Está muy bien que ustedes, jóvenes caballeros, tengan su diversión —dijo con indulgencia—; pero, suponiendo que todos amanezcan muertos por la mañana, ¿qué pasa conmigo? No la llaman la Casa de los Peajes por nada, ya saben.

—¿Quién murió allí por última vez? —inquirió Barnes, con un aire de burla cortés.

—Un vagabundo —fue la respuesta—. Fue allí por el bien de media corona, y lo encontraron a la mañana siguiente colgado de los barandales, muerto.

—Suicidio —dijo Barnes—. Mente perturbada.

El dueño de la posada asintió. —Así lo determinó el jurado —dijo lentamente—; pero su mente estaba lo suficientemente sana cuando entró allí. Lo había conocido, de vez en cuando, durante años. Soy un hombre pobre, pero no pasaría la noche en esa casa ni por cien libras.

Repitió este comentario cuando empezaron su expedición unas horas más tarde. Partieron cuando la posada estaba cerrando por la noche; los cerrojos se dispararon ruidosamente detrás de ellos y, mientras los clientes habituales caminaban lentamente hacia sus hogares, ellos se dirigieron a paso ligero hacia la dirección de la casa. La mayoría de las cabañas ya estaban en oscuridad, y las luces en otras se apagaron al pasar ellos.

—Parece bastante duro que tengamos que perder una noche de descanso solo para convencer a Barnes de la existencia de fantasmas —dijo White.

—Es por una buena causa —dijo Meagle—. Un objetivo muy digno; y algo me dice que tendremos éxito. No olvidaste las velas, ¿verdad, Lester?

—He traído dos —fue la respuesta—; todo lo que el viejo podía darnos.

Había poca luna, y la noche estaba nublada. El camino entre setos altos estaba oscuro, y en un lugar, donde pasaba por un bosque, tan negro que tropezaron dos veces en el terreno irregular al lado del camino.

—¡Imagínate dejar nuestras cómodas camas por esto! —dijo White de nuevo—. A ver; este deseable sepulcro residencial está a la derecha, ¿no?

—Más adelante —dijo Meagle.

Caminaron durante un tiempo en silencio, interrumpido solo por el tributo de White a la suavidad, la limpieza y la comodidad de la cama que se alejaba cada vez más en la distancia. Bajo la guía de Meagle, finalmente giraron a la derecha y, después de una caminata de un cuarto de milla, vieron las puertas de la casa frente a ellos.

La caseta estaba casi oculta por arbustos crecidos y la entrada estaba obstruida con crecimientos desmesurados. Meagle, liderando, abrió camino a través de ella hasta que la oscura mole de la casa se alzó sobre ellos.

—Hay una ventana en la parte trasera por donde podemos entrar, según dice el dueño de la posada —dijo Lester, mientras se paraban frente a la puerta principal.

—¿Ventana? —dijo Meagle—. Tonterías. Hagamos las cosas correctamente. ¿Dónde está la aldaba?

Buscó en la oscuridad y dio un estruendoso golpeteo en la puerta.

—No hagas el tonto —dijo Barnes de mal humor.

—Los sirvientes fantasmales están todos dormidos —dijo Meagle seriamente—, pero los despertaré antes de terminar con ellos. Es

escandaloso dejarnos afuera en la oscuridad.

Volvió a usar la aldaba, y el ruido retumbó en el vacío más allá. Luego, con una exclamación repentina, extendió sus manos y tropezó hacia adelante.

—Vaya, estaba abierta todo el tiempo —dijo, con un tono extraño en su voz—. Adelante.

—No creo que estuviera abierta —dijo Lester, reticente—. Alguien nos está jugando una broma.

—Tonterías —dijo Meagle con aspereza—. Dame una vela. Gracias. ¿Quién tiene una cerilla?

Barnes sacó una caja y encendió una, y Meagle, protegiendo la vela con su mano, guió el camino hacia el pie de las escaleras. — Cierren la puerta, alguien —dijo—; hay demasiada corriente.

—Está cerrada —dijo White, mirando atrás.

Meagle se tocó la barbilla. —¿Quién la cerró? —preguntó, mirando de uno a otro—. ¿Quién entró el último?

—Yo —dijo Lester—, pero no recuerdo haberla cerrado... quizás sí lo hice.

Meagle, a punto de hablar, lo pensó mejor y, aún cuidando cuidadosamente la llama, comenzó a explorar la casa, con los demás justo detrás. Las sombras bailaban en las paredes y se escondían en los rincones a medida que avanzaban. Al final del pasillo encontraron una segunda escalera y, subiéndola lentamente, llegaron al primer piso.

—¡Cuidado! —dijo Meagle, al alcanzar el rellano.

Avanzó la vela y mostró dónde se habían roto los barandales. Luego, miró curiosamente al vacío debajo.

—Aquí es donde se colgó el vagabundo, supongo —dijo pensativo.

—Tienes una mente insana —dijo White, mientras avanzaban—. Este lugar ya es bastante espeluznante sin que tú recuerdes eso.

Ahora busquemos una habitación cómoda y tomemos un poco de whisky cada uno y fumemos. ¿Qué tal esta?

Abrió una puerta al final del pasillo y reveló una pequeña habitación cuadrada. Meagle entró primero con la vela, y, derritiendo una o dos gotas de sebo, la pegó en la repisa de la chimenea. Los demás se sentaron en el suelo y observaron con agrado mientras White sacaba de su bolsillo una pequeña botella de whisky y una taza de hojalata.

—Hm, me he olvidado del agua —exclamó.

—Yo iré a buscar algo —dijo Meagle.

Tiró violentamente del cordón de la campanilla, y el sonido oxidado de una campana resonó desde una cocina distante. Volvió a tirar.

—No hagas el tonto —dijo Barnes bruscamente.

Meagle se rió. —Solo quería convencerlos —dijo amablemente—. Debería haber, al menos, un fantasma en el salón de los sirvientes.

Barnes levantó la mano pidiendo silencio.

—¿Sí? —dijo Meagle, con una sonrisa burlona hacia los otros dos—. ¿Alguien viene?

—Supongamos que dejamos este juego y volvemos —dijo Barnes de repente—. No creo en espíritus, pero los nervios están fuera del control de cualquiera. Podéis reiros todo lo que queráis, pero realmente me pareció oír que una puerta se abría abajo y pasos en las escaleras.

Su voz fue ahogada por una carcajada estruendosa.

—Se está convenciendo —dijo Meagle, con una mueca—. Para cuando haya terminado con él será un creyente convencido. Bien, ¿quién va a buscar agua? ¿Tú, Barnes?

—No —fue la respuesta.

—Si hay algo, podría no ser seguro beberlo después de todos estos años —dijo Lester—. Tendremos que prescindir de ello.

Meagle asintió y, tomando asiento en el suelo, extendió su mano por la taza. Se encendieron pipas y el limpio y saludable olor del tabaco llenó la habitación. White sacó un mazo de cartas; la conversación y la risa resonaron por la habitación y se desvanecieron con relucencia en los corredores distantes.

—Las habitaciones vacías siempre me engañan haciéndome creer que poseo una voz profunda —dijo Meagle—. Mañana yo...

Se levantó de un salto con una exclamación ahogada cuando la luz se apagó de repente y algo le golpeó en la cabeza. Los demás se pusieron de pie. Entonces Meagle se rió.

—Es la vela —exclamó—. No la pegué suficiente.

Barnes encendió una cerilla y, re-iluminando la vela, la pegó en la repisa de la chimenea, y sentándose volvió a tomar sus cartas.

—¿Qué iba a decir? —dijo Meagle—. Ah, ya sé; mañana yo...

—¡Escuchen! —dijo White, poniendo su mano en la manga del otro—. Palabra que realmente pensé que escuché una risa.

—¡Miren aquí! —dijo Barnes—. ¿Qué les parece si volvemos? Ya he tenido suficiente de esto. Sigo imaginando que oigo cosas también; sonidos de algo moviéndose por el pasillo de afuera. Sé que es solo imaginación, pero es incómodo.

—Vete si quieres —dijo Meagle—, y nosotros jugaremos al muerto. O podrías pedirle al vagabundo que tome tu mano por ti, mientras bajas las escaleras.

Barnes se estremeció y exclamó enojado. Se levantó y, caminando hacia la puerta medio cerrada, escuchó.

—Sal afuera —dijo Meagle, guiñando un ojo a los otros dos—. Te reto a que vayas hasta la puerta principal y vuelvas solo.

Barnes regresó y, inclinándose hacia adelante, encendió su pipa en la vela.

—Estoy nervioso, pero soy racional —dijo, exhalando una delgada nube de humo—. Mis nervios me dicen que hay algo merodeando de arriba abajo por el largo pasillo de afuera; mi razón me dice que eso es absurdo. ¿Dónde están mis cartas?

Se sentó de nuevo y, tomando su mano, la revisó cuidadosamente y jugó.

—Tu turno, White —dijo, después de una pausa.

White no dio señal.

—Parece que está dormido —dijo Meagle—. Despierta, viejo. Despierta y juega.

Lester, que estaba sentado junto a él, tomó al hombre dormido por el brazo y lo sacudió, suavemente al principio y luego con algo de rudeza, pero White, con la espalda contra la pared y la cabeza inclinada, no dio señal alguna. Meagle gritó en su oído y luego volvió una cara perpleja hacia los otros.

—Duerme como los muertos —dijo, haciendo una mueca—. Bueno, todavía somos tres para hacernos compañía.

—Sí —dijo Lester, asintiendo—. A menos que... ¡Dios mío! supongamos...

Se interrumpió y los miró, temblando.

—¿Suponer qué? —inquirió Meagle.

—Nada —tartamudeó Lester—. Despertémoslo. Inténtalo de nuevo. ¡White! ¡WHITE!

—No sirve de nada —dijo Meagle seriamente—; algo anda mal con ese sueño.

—Eso es lo que quería decir —dijo Lester—; y si él se duerme así, ¿por qué no...

Meagle se puso de pie de un salto. —Tonterías —dijo bruscamente—. Está agotado; eso es todo. Aún así, levantémoslo y vámonos. Tú

toma sus piernas y Barnes guiará el camino con la vela. ¿Sí? ¿Quién es?

Miró rápidamente hacia la puerta. —Pensé que oí a alguien tocar —dijo, con una risa avergonzada—. Ahora, Lester, levántalo. Uno, dos... ¡Lester! ¡Lester!

Se lanzó hacia adelante demasiado tarde; Lester, con su rostro enterrado en sus brazos, se había desplomado en el suelo profundamente dormido, y sus máximos esfuerzos no lograron despertarlo.

—Está... dormido —tartamudeó—. ¡Dormido!

Barnes, que había tomado la vela de la repisa, se quedó mirando a los durmientes en silencio y dejando caer cera sobre el suelo.

—Debemos salir de aquí —dijo Meagle—. ¡Rápido!

Barnes vaciló. —No podemos dejarlos aquí... —comenzó.

—Debemos —dijo Meagle, en tonos estridentes—. Si tú te duermes, yo me voy... ¡Rápido! ¡Ven!

Agarró al otro por el brazo e intentó arrastrarlo hacia la puerta. Barnes se lo sacudió y, poniendo la vela de vuelta en la repisa, intentó nuevamente despertar a los durmientes.

—No sirve de nada —dijo al final, y, dándose la vuelta, observó a Meagle—. No te duermas tú —dijo ansiosamente.

Meagle sacudió la cabeza, y se quedaron un rato en un incómodo silencio. —Podríamos cerrar la puerta —dijo Barnes al final.

Cruzó y la cerró suavemente. Luego, ante un ruido de arrastre detrás de él, se volteó y vio a Meagle en un montón sobre el hogar.

Con un agudo estremecimiento en su aliento, se quedó inmóvil. Dentro de la habitación, la vela, parpadeando por la corriente de aire, mostraba débilmente las grotescas posturas de los durmientes. Más allá de la puerta, su imaginación exaltada percibía un extraño e inquietante desasosiego. Intentó silbar, pero sus labios estaban

resecos y, de manera mecánica, se agachó y comenzó a recoger las cartas que estaban esparcidas por el suelo.

Se detuvo una o dos veces y permaneció con la cabeza inclinada, escuchando. El desasosiego fuera parecía incrementarse; un fuerte crujido sonó desde las escaleras.

—¿Quién está ahí? —gritó en voz alta.

El crujido cesó. Cruzó hacia la puerta y, abriéndola de golpe, avanzó por el corredor. Mientras caminaba, sus miedos lo abandonaron de repente.

—¡Vengan! —gritó, con una risa baja—. ¡Todos ustedes! ¡Todos ustedes! Muestran sus caras, sus infernales caras feas. ¡No se escondan!

Rió de nuevo y caminó; y el montón en la chimenea sacó su cabeza al estilo de una tortuga y escuchó con horror los pasos que se alejaban. No fue hasta que se volvieron inaudibles en la distancia que los rasgos del oyente se relajaron.

—Dios mío, Lester, lo hemos vuelto loco —dijo, con un susurro asustado—. Debemos ir tras él.

No hubo respuesta. Meagle se puso de pie de un salto.

—¿Me escuchan? —gritó—. Dejen de hacer el tonto ahora; esto es serio. ¡White! ¡Lester! ¿Me oyen?

Se inclinó y los observó con desconcierto enojado. —Está bien —dijo, con voz temblorosa—. No me asustarán, ya saben.

Se alejó y caminó con una despreocupación exagerada hacia la dirección de la puerta. Incluso salió y miró por la rendija, pero los durmientes no se movieron. Echó un vistazo a la oscuridad detrás, y luego entró apresuradamente a la habitación de nuevo.

Se quedó unos segundos mirándolos. La quietud en la casa era horrible; ni siquiera podía oírlos respirar. Con una resolución repentina, arrebató la vela de la repisa y acercó la llama al dedo de

White. Luego, mientras retrocedía aturdido, los pasos se volvieron audibles de nuevo.

Se quedó con la vela en su mano temblorosa, escuchando. Los oyó subiendo por la escalera más lejana, pero se detuvieron de repente cuando se dirigió a la puerta. Caminó un poco por el pasillo, y ellos se precipitaron escaleras abajo y luego al trote por el corredor de abajo. Regresó a la escalera principal, y cesaron de nuevo.

Por un tiempo se quedó colgado de los barandales, escuchando e intentando penetrar la oscuridad de abajo; luego, lentamente, peldaño a peldaño, bajó las escaleras y, sosteniendo la vela sobre su cabeza, miró a su alrededor.

—¡Barnes! —llamó—. ¿Dónde estás?

Temblando de miedo, avanzó por el pasillo y, reuniendo todo su coraje, empujó las puertas abiertas y miró temerosamente dentro de las habitaciones vacías. Entonces, de repente, escuchó los pasos frente a él.

Siguió lentamente por miedo a extinguir la vela, hasta que finalmente le condujeron a una vasta cocina desnuda, con paredes húmedas y el suelo roto. Frente a él, una puerta que llevaba a una habitación interior acababa de cerrarse. Corrió hacia ella y la abrió de golpe, y un aire frío apagó la vela. Se quedó consternado.

—¡Barnes! —gritó de nuevo—. ¡No tengas miedo! Soy yo, Meagle.

No hubo respuesta. Se quedó mirando hacia la oscuridad, y todo el tiempo la idea de algo que lo observaba de cerca le pesaba. Entonces, de repente, los pasos comenzaron de nuevo arriba.

Retrocedió apresuradamente y, pasando por la cocina, se abrió paso a tientas por los estrechos pasajes. Ahora podía ver mejor en la oscuridad y, al encontrarse finalmente al pie de la escalera, comenzó a ascenderla sin hacer ruido. Alcanzó el rellano justo a tiempo para ver una figura desaparecer al doblar el ángulo de una pared. Aún cuidando de no hacer ruido, siguió el sonido de los pasos hasta que

lo llevaron al último piso, y acorraló a la presa al final de un corto pasillo.

—¡Barnes! —susurró—. ¡Barnes!

Algo se movió en la oscuridad. Una pequeña ventana circular al final del pasillo apenas suavizaba la negrura y revelaba los contornos difusos de una figura inmóvil. Meagle, en lugar de avanzar, se quedó casi tan inmóvil como una duda horrible se apoderaba de él. Con los ojos fijos en la forma frente a él, retrocedió lentamente, y, a medida que avanzaba hacia él, estalló en un grito terrible.

—¡Barnes! ¡Por el amor de Dios! ¿Eres tú?

Los ecos de su voz dejaron el aire temblando, pero la figura ante él no hizo caso. Por un momento intentó armarse de valor para soportar su aproximación, luego, con un grito ahogado, se dio la vuelta y huyó.

Los pasillos serpenteaban como un laberinto, y los recorrió a ciegas en una búsqueda inútil de las escaleras. Si pudiera bajar y abrir la puerta principal...

Atrapó su aliento en un sollozo; los pasos habían comenzado de nuevo. A un trote pesado, resonaban por los pasillos desnudos, entrando y saliendo, arriba y abajo, como si lo buscaran. Se quedó horrorizado, y luego, a medida que se acercaban, entró en una pequeña habitación y se quedó detrás de la puerta mientras pasaban corriendo. Salió y corrió rápidamente y sin hacer ruido en la dirección opuesta, y en un momento los pasos lo perseguían. Encontró el largo corredor y lo recorrió a toda velocidad. Al final estaban las escaleras, y con los pasos justo detrás, las descendió a ciegas y con prisa. Los pasos lo alcanzaban, y se encogió a un lado para dejarlos pasar, continuando su fuga desenfrenada. Luego, de repente, pareció deslizarse fuera de la tierra hacia el espacio.

Lester despertó por la mañana para encontrar el sol entrando a raudales en la habitación, y a White sentado y mirando con cierta perplejidad un dedo gravemente ampollado.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Lester.

—Se han ido, supongo —dijo White—. Debimos habernos quedado dormidos.

Lester se levantó y, estirando sus miembros entumecidos, se sacudió el polvo de la ropa con las manos y salió al corredor. White lo siguió. Al ruido de su aproximación, una figura que había estado durmiendo en el otro extremo se sentó y reveló el rostro de Barnes. —Vaya, me quedé dormido —dijo, sorprendido—. No recuerdo haber venido aquí. ¿Cómo llegué?

—Bonito lugar para venir a echar una siesta —dijo Lester severamente, señalando el hueco en los barandales—. ¡Mira allí! ¿Otro metro y dónde habrías estado?

Caminó despreocupadamente hasta el borde y miró hacia abajo. En respuesta a su grito alarmado, los otros se acercaron, y los tres se quedaron mirando al hombre muerto abajo.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB

1. [La casa de peaje - W. W. Jacobs](#)
2. [La casa de peaje](#)
3. [W. W. Jacobs](#)